

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 256 25/4/2025

VARGAS LLOSA Y EL INCA GARCILASO DOS CLÁSICOS PERUANOS



VARGAS LLOSA Y EL INCA GARCILASO DOS CLÁSICOS PERUANOS

El Inca Garcilaso nació en el Cuzco, el 12 de abril de 1539, y murió en Córdoba, España, el 23 de abril de 1616. Mario Vargas Llosa nació en Arequipa, el 28 de marzo de 1936, y murió en Lima, el pasado 13 de abril. La obra de ambos autores, clásicos de nuestra lengua y figuras centrales de la cultura hispanoamericana, continuará siendo leída y estudiada en los próximos siglos. A manera de homenaje a su memoria, publicamos los párrafos finales de un celebrado ensayo de Mario Vargas Llosa que lleva por título *El Inca Garcilaso y la lengua de todos* *.

Muchas páginas de antología hay en los *Comentarios reales*. Pequeñas historias relatadas con la destreza de un cuentista consumado, como la aventura del náufrago Pedro Serrano, precursor y acaso modelo del Robinson Crusoe, o la batalla contra las ratas que protagonizó, un día y una noche, un marinero enfermo en una nave solitaria atracada en el puerto de Trujillo. O legendarias creencias de los antiguos peruanos: la enfermedad de la Luna y los conjuros para curarla, por ejemplo, o la peripecia triste de la piedra cansada, traída de muy lejos para la fortaleza del Cuzco pero que «del mucho trabajo que pasó por el camino, hasta llegar allí, se cansó y lloró sangre, y que no pudo llegar al edificio» (VII, XXIX). Episodios épicos, como la conquista de Chile por Pedro de Valdivia y las rebeliones araucanas, o descripciones soberbias, principalmente la evocación del Cuzco, su tierra. A la nostalgia y el sentimiento que contagian a este texto una tierna vitalidad, se suma una precisión abrumadora de datos animados por pinceladas de color que van trazando, en un inmenso fresco, la belleza y poderío de la capital del Incaico, con sus templos al sol y sus conventos de vírgenes escogidas, sus fiestas y ceremonias minuciosamente reglamentadas, lo pintoresco de los atuendos y tocados que distinguían a las diferentes culturas y naciones sometidas al imperio y viviendo en esta ciudad cosmopolita, erizada de fortalezas, palacios y barrios conformados como un prototipo borgiano, pues reproducían en formato menor la geografía de los cuatro suyos o regiones del Tahuantinsuyo: el Collasuyo, el Cuntisuyo, el Chinchaysuyo y el Antisuyo.

La elegancia de este estilo está en su claridad y en su respiración simétrica y pausada, en sus frases de vasto aliento que, sin jamás perder la ilación ni atropellarse, despliegan, una tras otra, en perfecta coherencia y armonía, ideas e imágenes que alcanzan, algunas veces, la hipnótica fuerza de las narraciones épicas, y, otras, los acentos líricos de endechas y elegías. El Inca Garcilaso, «forzado del amor natural de la patria», que confiesa haberlo impulsado a escribir su libro, esmalta y perfecciona la realidad objetiva para hacerla más seductora, sobre un fondo de verdad histórica con la que se toma libertades aunque sin romper nunca del todo con ella. La acabada artesanía de su estilo, la astucia con que su fantasía enriquece la información y su dominio de las palabras, con las que de pronto se permite alardes de ilusionista, hacen de los *Comentarios reales* una de esas obras maestras literarias contra las que en vano se estrellan las rectificaciones de los historiadores, porque su verdad, antes que histórica, es estética y verbal.

El Inca está muy orgulloso de ser indio, y se jacta a menudo de hablar la lengua de su madre, lo que, subraya muchas veces, le da una superioridad -una autoridad- para



hablar de los incas sobre los historiadores y cronistas españoles que ignoran, o hablan apenas, la lengua de los nativos. Y dedica muchas páginas a corregir los errores de traducción del quechua que advierte en otros cronistas a quienes su escaso o nulo conocimiento del *runa-simi* induce a error. Es posible, sin embargo, que este quechua del que se siente tan orgulloso y que se jacta de dominar, en verdad se le estuviese empobreciendo en la memoria por las escasas o nulas ocasiones que tenía de hablarlo. Hay, a ese respecto, en *La Florida del Inca*, una dramática confesión, comparando su caso con el del soldado español Juan Ortiz, cautivo por más de diez años de los indios de los cacicazgos de Hirrihigua y de Mucozo y que, cuando va a rescatarlo unos españoles dirigidos por Baltasar de Gallegos, descubre que ha olvidado el español y apenas puede balbucear «Xivilla, Xivilla» para que lo reconozcan. Dice el Inca que, al igual que Juan Ortiz entre los indios, por no tener él en España «con quien hablar mi lengua general y materna, que es la general que se habla en todo el Perú... se me ha olvidado de tal manera... que no acierto ahora a concertar seis o siete palabras en oración para dar a entender lo que quiero decir» (*La Florida del Inca*, II, I, VI). El idioma en el que dice todo esto no es el quechua sino el español, una lengua que este mestizo cuzqueño domina a la perfección y maneja con la seguridad y la magia de un artista, una lengua a la que, por sus ancestros maternos, por su infancia y juventud pasadas en el Cuzco, por su cultura inca y española, por su doble vertiente cultural, él colorea con un matiz muy personal, ligeramente exótico en el contexto literario de su tiempo, aunque de estirpe bien castiza. Hablar de un estilo mestizo sería redundante, pues todos lo son; no existe un estilo puro, porque no existen lenguas puras. Pero la de Garcilaso es una lengua que tiene una música, una cadencia, unas maneras impregnadas de reminiscencias de su origen y condición de indiano, que le confieren una personalidad singular. Y, por supuesto, pionera en nuestra literatura.

El logro extraordinario del Inca Garcilaso de la Vega -dicho esto sin desmerecer sus méritos sociológicos e historiográficos-, antes que en el dominio de la Historia, ocurre en el lenguaje: es literario. De él se ha dicho que fue el primer mestizo, el primero en reivindicar, con orgullo, su condición de indio y de español, y, de este modo, también, el primer peruano o hispanoamericano de conciencia y corazón, como dejó predicho en la hermosa dedicatoria de su *Historia general del Perú*: «A los Indios, Mestizos y Criollos de los Reinos y Provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano, salud y felicidad». Sin embargo, curiosamente, este primer «patriota» del que nos recla-



Bernard Picart. *Boda incaica*. En: Inca Garcilaso de la Vega, *Histoire des Incas, rois du Pérou*, Amsterdam, 1737

mamos los peruanos, al afirmar antes que ningún otro su idea de patria, encontró y asumió bajo este vocablo una fraternidad mucho más amplia que la de una circunscrita nacionalidad, la de un vasto conglomerado, que, poco más o poco menos, se confunde con la colectividad humana en general. No fue esta una operación consciente, desde luego; es algo que resultó de sus intuiciones, de sus lecturas universales y de su sensibilidad generosa, y, por cierto, de ese humanismo sin fronteras que bebió de la literatura renacentista, un espíritu ecuménico muy semejante, por lo demás, a la idea de ese imperio de los incas que él popularizó: una patria de todas las naciones, una sociedad abierta a la diversidad humana. Llamándose «indio» a veces, y a veces «mestizo», como si fueran términos intercambiables y no hubiera en ellos una incompatibilidad manifiesta, el Inca Garcilaso reivindica una patria, precisando «yo llamo así todo el Imperio que fue de los Incas» (IX, XXIV). Por lo demás, este hombre tan orgulloso de su sangre india, que lo entroncaba con una civilización de historia pujante y altamente refinada, no se sentía menos gratificado de su sangre española, y de la cultura que heredó gracias a ella: la lengua y la religión de su padre, y la tradición que lo enraizaba en una de las más ricas vertientes de la cultura occidental. El inventario que se hizo de su biblioteca, a su muerte, es instructivo; su curiosidad intelectual no conocía fronteras. En ella figuran, además de autores castellanos, muchos clásicos helenos, latinos e italianos, Aristóteles, Tucídides, Polibio, Plutarco, Flavio Josefo, Julio César, Suetonio, Virgilio, Lucano, Dante, Petrarca, Boccaccio, Ariosto, Tasso, Castiglione, Aretino y Guicciardini, entre muchos otros.

Lo notable y novedoso -revolucionario, habría que decir- en la actitud del Inca frente al tema de la patria, lo que ahora llamaríamos «la identidad», es que es el primero en no ver la menor incompatibilidad entre un patriotismo inca y un patriotismo español, sentimientos que en él se entroncaban y fundían, como todo indisoluble, en una alianza enriquecedora. Por eso, nadie trate de valerse de las bellas páginas que escribió el Inca Garcilaso de la Vega para acarrear agua al molino del nacionalismo. El autor de los *Comentarios reales* está en las antípodas de la visión limitada, mezquina y excluyente de cualquier doctrina nacionalista. Su idea del Perú es la de una patria en la que cabe la diversidad, en la que «se funden los contrarios» (la idea que George Bataille tenía de lo humano), esa aptitud para abrirse a las demás culturas e incorporarlas a la propia, que tanto admiraba en sus ancestros incas. Por eso, al final, la imagen de su persona que su obra nos ha legado

es la de un ciudadano sin bridas regionales, alguien que era muchas cosas a la vez sin traicionar ninguna de ellas: indio, mestizo, blanco, hispano-hablante y quechua-hablante (e italiano-hablante), cuzqueño y montillano o cordobés; indio y español, americano y europeo. Es decir, un hombre universal.

Pero, acaso sea más importante todavía que cualquier consideración sociológica derivada de su obra, el que, gracias a la cristalina y fogosa lengua que inventó, fuera el primer escritor de su tiempo en hacer de la lengua de Castilla una lengua de extramuros, de allende el mar, de las cordilleras, las selvas y los desiertos americanos, una lengua no solo de blancos, ortodoxos y cristianos, también de indios, negros, mestizos, paganos, ilegítimos, heterodoxos y bastardos. En su retiro cordobés, este anciano, devorado por el fulgor de sus recuerdos, perpetró, el primero de una vastísima tradición, un atraco literario y lingüístico de incalculables consecuencias: tomó posesión del español, la lengua del conquistador y, haciéndola suya, la hizo de todos, la universalizó. Una lengua que, como el *nuna-simi*, que él evocaba con tanta devoción, se convertiría desde entonces, igual que el quechua, la lengua general de los pueblos del imperio de los incas, en la lengua general de muchas razas, culturas, geografías, una lengua que, al cabo de los siglos, con aportes de habladores y escribidores de varios mundos, tradiciones, creencias y costumbres, pasaría a representar a una veintena de sociedades desparramadas por el planeta, y a cientos de millones de seres humanos, a los que ahora hace sentirse solidarios, hijos de un tronco cultural común, y partícipes, gracias a ella, de la modernidad.

Éste ha sido, desde luego, un vastísimo proceso, con innumerables figurantes y actores. Pero, si hay que buscar un principio al largo camino del español, desde sus remotos orígenes en las montañas asediadas de Iberia hasta su formidable proyección presente, no estaría mal señalarle como fecha y lugar de nacimiento los de los *Comentarios reales* que escribió, hace cuatro siglos, en un rincón de Andalucía, un cuzqueño expatriado al que espolaban una agri dulce melancolía y esa ansiedad de escribidor de preservar la vida o de crearla, sirviéndose de las palabras.

*Este ensayo ha sido publicado en varias ocasiones. En su primera versión, fue leído por Mario Vargas Llosa en el II Congreso Internacional de la Lengua Española, realizado en Valladolid, en octubre de 2001. Apareció en la revista *Letras libres* (México, enero de 2002), en el catálogo de la muestra *Iberoamérica mestiza. Encuentro de pueblos y culturas* (Madrid, Fundación Santillana, 2003) e integra también el volumen *Entre la espada y la pluma. El Inca Garcilaso de la Vega y sus Comentarios Reales* (Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010) compilado por Raquel Chang-Rodríguez. En la portada: Francisco González Gamarra. Inca Garcilaso, ca. 1940.

ABRIL EN LAS LETRAS PERUANAS

Fue el escritor y crítico literario Augusto Tamayo Vargas (Lima, 1914-1992), catedrático de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y miembro de la Academia Peruana de la Lengua, quien reparó -en un socorrido artículo, «Abril en la literatura peruana», aparecido hace décadas en el diario *El Comercio*- en un hecho no por vinculado al azar menos curioso: muchos autores peruanos nacieron o murieron en el cuarto mes del año. La observación de Tamayo Vargas dio pie, incluso, a que se considere abril como «Mes de las letras peruanas», en sintonía con el Día del Libro, cuya celebración el 23 de abril, en memoria de los decesos de Cervantes, Shakespeare y el Inca Garcilaso, fue proclamada por la Unesco hace treinta años.

La relación de Tamayo Vargas, incrementada con el tiempo, empezaba, desde luego, con Garcilaso, que vino al mundo y partió de él en fechas del mismo mes. La reciente defunción de Vargas Llosa acrecienta la lista. Si se busca ordenarla cronológicamente, y al margen de involuntarias omisiones, podría quedar, por ahora, de este modo.



Augusto Tamayo Vargas

Francisco García Calderón Landa, jurista y primer presidente de la Academia Peruana de la Lengua, nació en Arequipa el 2 de abril de 1832. El 4 de abril de 1960 nació en Lima el poeta Eduardo Chirinos, y el 5 de abril de 1917, en Cajamarca, el poeta Mario Florián. El 7 de abril de 1803, en París, nació Flora Tristán. El 8 de abril de 1883, en Valparaíso, el ensayista Francisco García Calderón Rey. El 9 de abril de 1891 murió en París el poeta romántico Carlos Augusto Salaverry. El 10 de abril de 1931 nació en Arequipa el narrador Oswaldo Reynoso. El arqueólogo Julio C. Tello nació en Huarochirí, el 11 de abril de 1880. El mismo día, pero en 1645, en Jaén, España, el poeta satírico Juan del Valle y Caviedes. El poeta Juan Gonzalo Rose murió en Lima, el 12 de abril de 1983. Ese día, en 1926, nació en Piura el humorista Luis Felipe Angell, *Sofocleto*. El 13 de abril de 1924, en Lima, nació Jorge Eduardo Eielson.

César Vallejo murió en París, el 15 de abril de 1938. José Carlos Mariátegui en Lima, el 16 de abril de 1930. El 17 de abril de 1905 nació, en Puno, Carlos Oquendo de Amat. En Lima, el 19 de abril de 1942, murió José María Eguren. El pensador Jorge Polar nació en Arequipa, el 21 de abril de 1851. El poeta Enrique Verástegui en Cañete, el 24 de abril de 1950. El mismo día, en 1888, nació en Arequipa el novelista Augusto Aguirre Morales. En Lima, el 25 de abril de 1940, nació el escritor Guillermo Thorndike. La narradora Teresa Ruiz Rosas nació en Arequipa el 26 de abril de 1956. Abraham Valdelomar en Ica, el 27 de abril de 1888, y el polígrafo Pedro de Peralta, llamado *Doctor Océano*, murió en Lima el 30 de abril de 1743. La relación recuerda, en sentido contrario, el título de una novela de Alfredo Bryce Echenique, *No me esperen en abril*.

AGENDA



Papa Francisco y jesuitas ante un cuadro de Bitti. San Pedro, Lima, 2018

UNA VISITA HISTÓRICA

El fallecimiento del Papa Francisco, secularmente Jorge Mario Bergoglio (Buenos Aires, 1936 - Ciudad del Vaticano, 2025), ha causado profunda conmoción. El primer pontífice romano nacido en nuestro continente deja honda huella en la Iglesia Católica, en la perspectiva renovadora del Concilio Vaticano II. Sacerdote jesuita, autor de las encíclicas *Lumen fidei* (2013), *Laudato si* (2015) -reflexión teológica a favor del cuidado de la casa planetaria común-, *Fratelli tutti* (2020) y *Dilexissis nos* (2024), el Papa visitó las ciudades peruanas de Lima y Puerto Maldonado, entre el 18 y el 21 de enero de 2018. En Lima, entre otras actividades, la tarde del 19 dialogó con sus hermanos jesuitas en la Iglesia de San Pedro, que atesora, por cierto, notables expresiones del barroco americano. El encuentro permite evocar ahora la excepcional contribución de su orden al desarrollo de la cultura peruana y de buena parte de América del Sur, desde su llegada a nuestra capital, en 1568. En ese convento no solo surgió la primera imprenta del subcontinente: allí estuvieron Acosta, Bitti, Valera, Cobo, Ruiz de Montoya y muchos otros, cuya vocación misional, como la de San Francisco Javier y Matteo Ricci en Oriente, inspiraron también su magisterio.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe